

# II ENCUENTRO DE REFLEXIÓN TEOLÓGICO PASTORAL HACIA UN PERFIL DEL AGENTE DE PASTORAL

## CRISTOLOGIA PARA LA NUEVA EVANGELIZACION

Fray Enrique Montero, ofmconv

---

### Introducción

Agradezco sinceramente a los organizadores de este Encuentro por invitarme a presentar algunas reflexiones sobre “Cristología para una Nueva Evangelización” y agradezco de antemano a todos los participantes por su paciencia en escucharme. Debo aclarar que no soy un Cristólogo por profesión, ni tampoco un experto en el tema de la Nueva Evangelización. Entonces, ¿Qué puedo ofrecerles y qué voy a intentar hacer en este breve espacio de presentación? Puedo decir que soy un Cristólogo por vocación y por carisma; por vocación puesto que la persona de Cristo y todo lo que tenga que ver con la relevancia de su mensaje para el mundo de hoy, es fundamental mi vida como cristiano, y tanto más en mi condición de sacerdote y de religioso; por carisma, ya que como Franciscano (sólo trato de serlo), llevo en la sangre aquella fascinación que caracterizó la vida y acción de Francisco de Asís con respecto a la centralidad del misterio de Cristo, tanto en su vida personal, como en cuanto a su relación con la Iglesia. Creo poder ofrecerles algo de mi experiencia pues el Señor me ha permitido vivir en diversos países y culturas y, por tanto, en contacto con el misterio de Cristo allí presente, y con las varias expresiones y modelos de Iglesia vigentes en esos contextos. Tengo en contra el hecho de haber estado por muchos años un tanto distante de la vivencia cristiana y eclesial en el contexto latinoamericano y costarricense. Intentaré, pues, ofrecerles una serie de reflexiones primero sobre cómo yo veo el panorama del mundo contemporáneo con respecto a sus vivencias y experiencias de Jesucristo; luego trataré de presentarles la visión cristológica que me parece encontrar en los *Lineamenta* para el Sínodo sobre la Nueva Evangelización; finalmente trataré de ofrecer algunos puntos que considero como presupuestos indispensables para los agentes de pastoral en la tarea de una nueva evangelización.

### I. Visiones y vivencias de Cristo en el mundo contemporáneo

La idea de este primer apartado es la de tratar de responder a preguntas como las siguientes: 1) ¿Cuáles son las imágenes más comunes sobre Jesucristo que prevalecen en el mundo contemporáneo? 2) ¿Qué decir desde el punto de vista de la doctrina cristológica católica sobre esas “Cristologías” prevalentes en nuestro mundo? 3) ¿A qué causas atribuir la ignorancia y el mismo rechazo de Cristo que aún prevalecen en buena parte de la humanidad?

#### 1. Imágenes prevalentes sobre Jesucristo

Es alentador constatar que existe en la sociedad actual una sed de espiritualidad y con ello un interés creciente con respecto a ideas y

experiencias religiosas, así como por aquellos que las propugnan o las representan. Jesucristo sigue siendo un foco de atracción y de debate, no sólo entre los que se denominan oficialmente sus seguidores, sino también en el ámbito de otras religiones, y hasta entre los que se declaran no creyentes o ateos. Creo no exagerar si digo que Jesús ha sido y es el líder religioso más conocido y admirado de todos los tiempos; su persona y su doctrina mantienen hoy día una relevancia y una credibilidad que no tienen comparación. Lamentablemente no se puede siempre decir lo mismo acerca de sus seguidores.

Las imágenes más prevalentes en nuestro mundo con respecto a Jesucristo son la de un gran hombre, un sabio e iluminado, un profeta y visionario, un reformador moral, y hasta la de un líder político. Menos importancia parece tener para el mundo actual en su condición divina o su real presencia en el mundo, tal como las creemos los cristianos. Debemos alegrarnos de que una humanidad fuertemente materialista y muchas veces religiosamente indiferente, mantenga una alta estima y otorgue tal credibilidad a aquel a quien nosotros proclamamos, basados en sus propias palabras, camino, verdad, y vida. Un ejemplo de la relevancia de la persona de Jesús en nuestro mundo, es que hace sólo algunos años el entonces Presidente de Irán, una nación fuertemente islámica, financió por propia iniciativa el rodaje de una película sobre la persona y doctrina de Jesucristo, con la convicción de que un hombre así merecía ser conocido por nuestra sociedad, especialmente dado el ejemplo de su vida y los valores morales que él predicó y vivió.

El mundo de hoy también siente una particular atracción hacia Jesucristo en su condición de ser humano que vivió una muy fuerte experiencia de Dios y cuya espiritualidad, probada a lo largo de los siglos, se ha revelado altamente eficaz para llevar a las personas a una profunda vivencia mística. La mayoría de quienes así lo perciben y lo aceptan, tampoco parecen preocuparse a fondo sobre su condición humano-divina, o sobre sus exigentes doctrinas en el campo de lo social, por ejemplo. Esta modalidad “cristológica” también se manifiesta entre los cristianos, incluidos los católicos, cada vez que se multiplican entre ellos las prácticas devocionales y fuertes espiritualismos, pero ciertamente reduccionistas puesto se dan desligados otros aspectos esenciales de la fe como la formación doctrinal o la consciencia social. Es también común que en nuestro mundo actual a Jesucristo se le mire y admire como líder social y político, cuyas doctrinas contendrían material incendiario para la transformación social. De aquí que bien conocidos políticos de nuestros días lo invoquen como prototipo de revoluciones, violentas o no violentas, y como defensor de todas las causas favorables a la justicia en favor de los más explotados y desposeídos. Tampoco en este caso parece que interese mucho a sus admiradores el hecho de un Jesús Verbo Eterno del Padre, o su presencia sacramental en medio de nosotros; en esos casos se valora más su doctrina que su persona, y su doctrina tomada en forma selectiva, pues se dejan de lado importantes enseñanzas bíblicas y desarrollos dogmáticos fundamentales propios de la Iglesia y de su Tradición.

Las anteriores observaciones sobre tendencias “cristológicas” en nuestros días revelan importantes matices que pueden ser útiles a los esfuerzos de una

nueva evangelización. Por ejemplo, parece que mientras existe y crece el interés por las enseñanzas de Jesús, disminuye la estima por ciertos aspectos de su vida que son importantes para una comprensión integral de su misterio y, por ende, para una sana práctica de su espiritualidad. Es clara hoy día la tendencia hacia un horizontalismo “teológico”, casi totalmente ajeno a la dimensión trascendente del Maestro de Nazaret. Ciertamente poco cuentan para nuestro mundo las definiciones dogmáticas de los primeros siglos de la Iglesia, así como las luchas político-religiosas de tantos cristianos a lo largo de la historia. El énfasis de nuestra sociedad, en el campo religioso, como en el científico y técnico, es de tipo pragmático, no dogmático; su principal preocupación es para qué sirve y qué produce el dogma cristiano, y no cuántas naturalezas hay en Cristo, o cómo deba ser nuestra relación con él en cuanto Hijo de Dios. Es importante que percibamos los valores y antivalores presentes en estas nuevas “cristologías”; agradezcamos los primeros, pero lamentemos las serias mutilaciones de los segundos.

## **2. Las Modernas “Cristologías” y los Dogmas Cristológicos**

Si confrontamos las tendencias y prácticas religiosas antes mencionadas con las definiciones dogmáticas sobre Jesucristo expresadas en nuestro Credo, podremos constatar que de hecho las herejías cristológicas no son sólo asunto del pasado, sino que siguen vivas y actuantes en el ambiente religioso contemporáneo. Permítaseme señalar solamente dos ejemplos.

- **Negación de la divinidad de Cristo**

Las primeras herejías que debió enfrentar la Iglesia con respecto a Cristo se referían a la negación de su divinidad, como es el caso de Arrio quien pensaba, entre otras cosas, que: el Verbo no coexiste desde la eternidad con el Padre; el Verbo ha sido creado de la nada; la naturaleza del hijo no procede de la del Padre. Estas y otras afirmaciones claramente niegan la divinidad de Cristo y, por tanto, la identidad entre el Logos Eterno y Jesús de Nazaret. Pero cabe la pregunta: ¿fueron tales ideas superadas y eliminadas con las declaraciones dogmáticas del Concilio de Nicea (325), o continúan todavía flotando y actuando en nuestro mundo? En mi modesta opinión, uno de los más grandes peligros en quienes dicen creer en Jesucristo hoy día, es precisamente la negación de su divinidad, como lo mencionamos antes. No se trata de un rechazo total de Jesús y de su mensaje, sino de privarlo de aquella dimensión que da consistencia y valor salvífico a toda su persona y a su obra, aunque no exista en ello la mala intención. Aquí podemos ver, sin embargo, una de las típicas estrategias del enemigo del Reino. Despojar a Jesús de su naturaleza divina es reducirlo a la caducidad de cualquier otro líder religioso, a quien hoy se le puede admirar, pero que mañana puede resultar totalmente irrelevante. Un Jesús meramente hombre no tiene capacidad para mediar entre Dios y la humanidad, y menos va a poder presentarse y ser el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, pues éste es el gran obstáculo para la llegada y la implantación de su Reino en la tierra. En buena parte estas “nuevas herejías” explican por qué el mundo actual, como lo decía el Beato Juan Pablo II, ha ido perdiendo el sentido del pecado y, por tanto, el de la necesidad fundamental de ser redimido. La dimensión más incómoda de Jesucristo es, sin duda, su

divinidad. Un ser humano puede ser relativamente manejable, pero Dios es inmanejable, radicalmente no manipulable, y esta es una verdad que debió aprender la humanidad frente a Dios desde sus orígenes.

- **Negación de la humanidad Cristo**

También la tendencia actual a negar la humanidad de Cristo tiene sus orígenes en antiguas herejías como la de Apolinar, quien si bien no negaba abiertamente su humanidad, sí la disminuía a tal punto que resultaba ser una verdadera negación. Apolinar enseñaba, por ejemplo, que el Logos divino había asumido una naturaleza humana, pero privada de su alma racional; Cristo entonces estaba compuesto por el Logos divino y por un cuerpo humano; él emplea la humanidad, que consiste sólo en su cuerpo, como un instrumento inerte, y forma así un solo principio de querer y de actuar. La intención del obispo de Laodicea de Siria era buena: salvaguardar la unidad de la persona de Cristo, así como su absoluta santidad ontológica y moral. El Concilio de Constantinopla (381) dio respuesta a las preocupaciones unitarias de Apolinar, pero condenó sus doctrinas definiendo dogmáticamente que el Verbo de Dios se hizo perfecto hombre, con un cuerpo como el nuestro y con un alma racional.

La inmensa mayoría de los habitantes de este planeta no logran aún asimilar la idea de un Dios encarnado, es decir, de un Cristo perfectamente hombre y perfectamente Dios. Los dualismos y las dicotomías del mundo antiguo siguen todavía actuando con fuerza en el nuestro: la materia es fundamentalmente mala y, por tanto, también el cuerpo; Dios infinitamente santo y puro no puede rebajarse a la condición humana pues dejaría de ser Dios; además, si un ser humano resulta ser también Dios, tendremos dos dioses, y eso es absolutamente inaceptable para el estricto monoteísmo de las otras grandes religiones de la humanidad.

La otra forma de negar la humanidad de Cristo es la adhesión de tantos contemporáneos nuestros a religiones que creen en dioses impersonales, es decir, en dioses sin rostro, sin nombre, sin familia, sin patria, sin historia, etc. Esta tendencia que podría explicarse como una simple moda, o bien como una reacción de protesta en contra de las religiones tradicionales, esconde en sí algo más profundo y preocupante. Los dioses impersonales son hechos por manos humanas, a imagen y semejanza propia; son creados a medida y a conveniencia nuestras para ser puestos a nuestro servicio; los podemos manipular para hacerlos decir lo que nos parezca y para justificar lo que nos convenga; o bien los podemos hacer callar por completo para que prive sólo la voluntad humana; en otras palabras, esos dioses impersonales son menos identificables, no piden cuentas de nuestras acciones, ya que nosotros mismos les enseñamos a estar siempre de acuerdo con nosotros; esos dioses, como dice el salmista, son ídolos muertos que tienen boca y no hablan, tienen ojos, pero no ven, etc. (cf. Sal 113b).

La tendencia a la negación de la humanidad de Cristo encierra aún algo más. Ciertas posiciones de parte de la Iglesia católica o de otras Iglesias cristianas sobre cuestiones de moralidad o sobre asuntos de justicia social, no gustan a

buena parte de nuestra sociedad. Enteros grupos sociales que estaban cómodos mientras sus Iglesias callaron y hasta justificaron lo injustificable, al descubrir ahora que esas mismas Iglesias empiezan a denunciar, a hablar claro, y a oponerse a ciertas prácticas de la sociedad, sienten ahora que el cristianismo, con su fuerte sentido de la Encarnación, de la historia y de la justicia, no satisface sus necesidades “espirituales”; entonces hay que buscar religiones más “calmadas” y menos retadoras. El espiritualismo de muchas tendencias religiosas actuales es verdaderamente preocupante, y no porque reduzca el número de los católicos o cristianos practicantes, sino por la manipulación que hace de la religión para justificar, por ejemplo, injusticias que claman al cielo. Más preocupante aún es que tales tendencias religiosas anti-encarnacionistas y anti-históricas, se dan también entre los que aún se consideran cristianos, pero que no tienen el valor de renunciar a la institución. Es bien sabido que hay muchos miembros de la Iglesia católica que, por ejemplo, no comulgan con ciertas enseñanzas y posiciones de la misma con respecto a la anticoncepción, el divorcio, o la diversidad sexual, lo mismo que con su enseñanza de que el compromiso social es parte esencial de la vivencia cristiana.

## **II. Cristología y los *Lineamenta* del Sínodo para la Nueva Evangelización.**

En espera del documento final del Sínodo sobre la Nueva Evangelización, he tomado los *Lineamenta* preparados para el mismo, e intentado extraer algunos puntos referentes a nuestro tema, es decir, a ciertas líneas fuerza que revelan su visión Cristológica. Por razones obvias de tiempo en esta presentación, y por mis limitaciones personales respecto a mi escaso conocimiento del documento, me he limitado al capítulo segundo de dicho texto titulado “Proclamar el Evangelio de Jesucristo”.

### **1. El Evangelio es Jesucristo**

Hablando precisamente sobre la evangelización, los *Lineamenta* nos recuerdan el texto de Pablo a los Romanos donde dice que el Evangelio es “fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree” (Rom 1, 16); en esta frase, por tanto, el Evangelio es identificado con el mismo Cristo. El texto pre-sinodal advierte que al hablar del Evangelio “no debemos pensar sólo en un libro o en una doctrina;...sino en una Palabra viva y eficaz, que realiza lo que dice”, es decir, “en la persona de Jesucristo como Palabra definitiva de Dios hecha hombre”. Es muy evidente en estas pinceladas cristológicas de los *Lineamenta*, el aspecto encarnacional, al que aludíamos con anterioridad. Es también muy claro, aquí como en el resto del documento, el elemento misionero de nuestra fe cristiana, puesto que dice, por ejemplo, que “La misión de la Iglesia consiste...en realizar la *traditio Evangelii*, el anuncio y la transmisión del Evangelio”. Al mismo tiempo descubrimos en el texto el aspecto Trinitario de la evangelización, pues afirma que “El objetivo de la transmisión de la fe es la realización del encuentro con Jesucristo, en el Espíritu, para llegar a vivir la experiencia del Padre suyo y nuestro”. Esta dimensión aparece clara también cuando añade: “El resultado esperado de este encuentro consiste en inserir a los hombres en la relación del Hijo con su Padre para sentir la fuerza del

Espíritu”, o bien cuando dice: “La finalidad de la transmisión de la fe, el objetivo de la evangelización, es llevar por Cristo ‘al Padre en un mismo Espíritu’ (Ef 2, 18); y concluye: “ésta es la experiencia de la novedad del Dios cristiano”.

## **2. Una fe personal y personalizada**

En perfecta continuidad con el punto anterior, el texto de los *Lineamenta* insiste en el carácter personal de la evangelización, manteniendo siempre el elemento trinitario. Oigamos: “Transmitir la fe significa crear en cada lugar y en cada tiempo las condiciones para que este encuentro entre los hombres y Cristo se realice. La fe como encuentro con la persona de Cristo asume la forma de la relación con Él, de la memoria de Él (en la Eucaristía) y de la formación en nosotros de la mentalidad de Cristo, en la gracia del Espíritu”. Citando al Papa Benedicto XVI nuestro documento nos recuerda que: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”. Estos acentos de los *Lineamenta*, apuntan en una dirección muy diferente, si no contraria, a ciertas tendencias “cristológicas” de nuestro mundo actual mencionadas previamente, y que no están tampoco completamente ausentes en algunos ambientes “cristianos” de nuestra misma patria. Si hay tendencias hacia un Dios impersonal, también las hay hacia un Cristo impersonal o, más bien, despersonalizado. Nuestro documento nos ofrece una advertencia sobre el peligro actual de evangelizar a través de los medios masivos, pero descuidando la comunicación de persona a persona y a este respecto dice: “La urgencia de comunicar la Buena Nueva a las masas...no debería olvidar esa forma de anunciar mediante la cual se llega a la consciencia personal”; o como dijera antes Pablo VI: “...además de la proclamación que podríamos llamar colectiva del Evangelio, conserva toda su validez e importancia esa otra transmisión de persona a persona”.

## **3. La dimensión eclesial de la Nueva Evangelización**

Siguiendo la misma línea encarnacional y personal de la evangelización, el documento de los *Lineamenta* insiste fuertemente en la dimensión eclesial de la fe cristiana cuando dice: “...transmitir la fe en Cristo significa crear las condiciones para una fe pensada, celebrada, vivida y orada: esto implica inserir en la vida de la Iglesia”. Sin embargo el texto al mismo tiempo nos advierte que: “No se puede transmitir aquello en lo cual no se cree y en algo que no se vive”, y añade: Un signo de fe consolidada y madura es, precisamente, la naturalidad con la cual comunicamos la fe a otros... No se puede transmitir el Evangelio sin saber lo que significa ‘estar’ con Jesús, vivir en el Espíritu de Jesús la experiencia del Padre”

Hablando siempre de esta dimensión eclesial de la fe y de la evangelización el documento de los *Lineamenta* agrega: “Para anunciar y difundir el Evangelio es necesario que la Iglesia promueva imágenes de comunidades cristianas capaces de articular con fuerza las obras fundamentales de la vida de fe: caridad, testimonio, anuncio, celebración, escucha y coparticipación”. En seguida el texto recuerda los medios que la misma Iglesia emplea en la realización de su tarea: el primer anuncio llamando a la conversión, la iniciación

en la fe mediante la catequesis y los sacramentos de iniciación, la educación permanente en la fe, el ejercicio de la caridad, y el espíritu misionero por el cual los discípulos de Cristo anuncian el Evangelio con palabras y obras.

La Iglesia, Cuerpo de Cristo, de que habla el documento, es una comunidad de fe, de culto y de caridad, en permanente autocrítica y conversión; el texto dice que se requiere: "...el coraje de denunciar las infidelidades y los escándalos, que emergen en las comunidades cristianas...", en otras palabras: "el coraje de reconocer las culpas; la capacidad de continuar dando testimonio de Jesucristo mientras comunicamos nuestra continua necesidad de ser salvados...". Este punto es de vital importancia por cuanto establece límites precisos entre Cristología y Eclesiología, entre la santidad absoluta del Cristo Cabeza y la santidad relativa y limitada de los miembros de su Cuerpo. Esta es una precisión que no siempre aparece con claridad en otros documentos de la Iglesia, ni tampoco en su praxis evangelizadora. La autocrítica no ha sido siempre la virtud más resplandeciente entre los seguidores de Cristo. Los escándalos entre clérigos y religiosos, por ejemplo, que los medios de comunicación gustosamente publican y hasta magnifican, nos han hecho reflexionar, nos han ayudado a ser más humildes, y más capaces de reconocer que cuando predicamos el Evangelio debemos hacerlo en primer lugar para nosotros mismos. Esta es parte de la kénosis que debe vivir la Iglesia en auténtica fidelidad al mismo Cristo que nos la enseñó.

#### **4. Una Cristología del compromiso por la vida**

En los *Lineamenta* no encontramos muchos textos que se refieran explícitamente a una Cristología para la evangelización, pero el documento nos ofrece abundantes elementos referentes a una visión eclesiológica, en los que se nos revelan los rasgos claros de una determinada Cristología. Esto no es ninguna sorpresa pues, como sabemos, Cristología y Eclesiología son dos realidades mutuamente dependientes. Ofrecemos uno de los textos más significativos a este respecto: "Es necesario generar familias que sean signos verdaderos y reales del amor y de coparticipación, capaces de esperanza porque están abiertas a la vida; se necesita la fuerza para construir comunidades que posean un auténtico espíritu ecuménico, y que sean capaces de un diálogo con las otras religiones; urge el coraje para sostener iniciativas de justicia social y solidaridad, que coloquen al pobre en el centro del interés de la Iglesia..." A nuestro juicio, estos rasgos característicos de una Iglesia profética sólo pueden brotar de una Cristología igualmente profética. Como decíamos arriba, esta es una dimensión que merece ser enfatizada, sobre todo de frente a tendencias religiosas actuales que en la práctica niegan el valor salvífico de la Encarnación, y la necesidad de una transformación integral de toda la realidad según el proyecto del Reino de Dios.

### **III. Presupuestos Cristológicos para la Nueva Evangelización**

#### **1. El estudio de las “Cristologías” ya presentes en el ambiente**

A la luz de lo que hemos venido diciendo, la Cristología para una Nueva Evangelización no puede ser un anuncio de la persona de Cristo que ignore la realidad en la cual ésta se realizará. La Encarnación de Cristo y su misterio salvífico siguen actualizándose hoy día en formas las más variadas y hasta impensadas. Es necesario descubrir cómo Cristo se hace presente, o bien lo descubrimos ausente, en los grupos sociales, en los movimientos populares, en las organizaciones civiles o religiosas, en la política, en el mundo del cine y de la televisión, etc. Hay que descubrir esas “cristologías” subyacentes a las imágenes de Cristo y a las prácticas religiosas de nuestra sociedad. Si bien es cierto que el Espíritu del Señor sigue moviéndose y actuando donde quiere y como quiere, también es cierto que no descansa tampoco el enemigo del Reino, que sigue sembrando la cizaña de la confusión y la división, particularmente entre los mismos creyentes. Los dogmas cristológicos pueden ser muy claros y la voluntad evangelizadora de los cristianos muy firme, pero el ambiente religioso en que nos movemos está plagado de confusiones, de viejas y nuevas herejías; en todo caso, el trabajo evangelizador, si quiere ser efectivo, no puede ignorar tanto las semillas del Evangelios ya presentes en el contexto, como la mala semilla que, si no se distingue y se elimina a su debido tiempo, terminará por ahogar los esfuerzo de una Nueva Evangelización.

#### **2. Discernir los signos de los tiempos en clave Cristológica**

Ningún cristiano duda que sea necesario el discernimiento en un proceso de evangelización; pero, ¿cómo entender precisamente el discernir de los signos de los tiempos? Se trata de estudiar, reflexionar y orar la realidad a la luz del Espíritu Santo, para descubrir en los acontecimientos de la historia los signos de la presencia o ausencia de Dios. Los eventos históricos, de hecho, son el vehículo más ordinario por medio del cual el Espíritu deja oír su voz con especial claridad, como lo ha hecho a través de toda la historia de la salvación, y en los que se revela su designio de salvación. Lo más delicado de este discernimiento es que lleva consigo una interpretación teológica de los acontecimientos, con todos los riesgos que ello puede comportar. Se trata, pues, de hacer teología de la historia. Por ejemplo, las guerras mundiales o el holocausto, la llegada del hombre a la luna, la caída del sistema comunista, el desplomarse de las torres gemelas, etc., ¿qué significado cristológico pueden tener, y de qué modo cualquier interpretación que les demos afectará nuestra proclamación de Cristo hoy? ¿Está el Resucitado de alguna manera presente en ellos y actúa a través de ellos, y en qué modo eso influye o no la fe de los creyentes? Supongamos que un evangelizador cristiano interpreta estos y otros acontecimientos históricos como castigos venidos de Dios a causa de los pecados de la humanidad, lo cual podría ser sana teología, pero no ve en ellos ningún valor positivo, ni siquiera en los efectos que ellos hayan tenido en la sociedad de nuestros días. ¿De qué manera explicará nuestro evangelizador la presencia viva y actuante del Cristo Resucitado en nuestra historia? ¿Está el Señor vivo o muerto, victorioso o derrotado, presente o ausente? De aquí la



importancia de aprender a hacer teología de la historia, una disciplina desafortunadamente muy poco cultivada entre los cristianos de nuestros días.

### **3. El marco teológico del Reino de Dios en Cristo**

Todos los que estamos en contacto con los desarrollos bíblico-teológicos de las últimas décadas, bien conocemos la importancia del proyecto del Reino de Dios en la vida personal y en la actividad apostólica del Señor Jesús; sin embargo parece que esa consciencia no haya siempre encontrado suficiente cabida en los planes catequéticos y en los proyectos evangelizadores de nuestro tiempo. Sin el marco doctrinal y espiritual del proyecto del Reino como obligada perspectiva teológica, la Cristología seguirá siendo un simple conocimiento fragmentado de la persona y obra de Jesucristo, de la cual sólo puede derivarse un seguimiento superficial y poco convencido del Maestro. Habrá que estar muy atento también a los modelos de comprensión del Reino de Dios que cada uno de nosotros tenga y comunique a otros. Aquí radica una de las causas más fuertes de confusiones y de ambigüedades que se han dado en el pasado en las Iglesias cristianas, y no se excluye que se puedan dar incluso hoy. Por ejemplo, no faltan aún en nuestros días ciertas oraciones litúrgicas o devocionales, que siguen transmitiendo la idea de un Reino de Dios que se realizaría casi exclusivamente en la vida eterna. Es de suponer que tales enfoques se dan también en el campo de la catequesis y de otros tipos de formación cristiana. Sólo una evangelización basada en una comprensión integral de proyecto del Reino de Dios, podrá superar la peligrosa fragmentación existente con respecto al conocimiento de Cristo, y las presentaciones poco convincentes con respecto a la importancia de su seguimiento.

### **4. Usar un lenguaje cristológico más comprensible al pueblo cristiano**

Los grandes dogmas cristológicos con toda su belleza y profundidad fueron expresados en un lenguaje teológico que dice poco a nuestro mundo. Si no logramos hacerlos comprensibles a nuestros contemporáneos, no sólo no nos comprenderán, sino que poco a poco perderán relevancia, y nosotros mismos dejaremos darles la debida importancia. El problema del lenguaje, en este caso, como en el caso del dogma de la Santísima Trinidad, por ejemplo, es no sólo de comprensión intelectual, sino de no poder ver claramente cuál sea la real importancia de lo que esos dogmas enseñan para la vida diaria de cada cristiano. ¿Es tan importante, se preguntarán muchos, creer que en Cristo hay dos naturalezas en una sola persona? ¿Gana algo un creyente con seguir la doctrina tradicional o sería igual para él o ella pasarse a otra religión que enseñe algo diferente o hasta contrario? A juzgar por el elevado número de católicos que hoy día abrazan otras religiones, parece que el asunto no tenga mayor importancia, pues lo realmente importante sería creer en Dios, o al máximo en Cristo, independientemente de ciertos matices cristológicos. Ciertamente no es así para quienes hemos hecho el esfuerzo y recibido la gracia de entender mejor nuestra fe cristiana, y las implicaciones concretas de nuestros dogmas para la salvación o perdición de nuestro mundo.

## **5. La Virgen María como parte integral del proyecto de la Nueva Evangelización**

Los católicos no podemos pensar en una Nueva Evangelización en la que no esté presente y muy bien integrada la persona de la Virgen María. En efecto, para la fe católica ella es el faro luminoso y seguro que lleva a Cristo y que, por tanto, debe acompañar todo esfuerzo evangelizador. Sin María nunca alcanzaremos a tener una imagen suficientemente clara de Cristo y de su Evangelio, y menos aún hacerlo penetrar en los corazones de creyentes y no creyentes. Ninguno de nosotros ignora que en nuestros pueblos las imágenes de Cristo y todo lo que tiene que ver con la práctica religiosa en torno a su persona, no siempre están muy claras. ¿Qué esperar entonces de todo lo referente a su santa Madre? La verdad de todo es que una sana Cristología sólo puede llevar a una sana Mariología y que una sana Mariología de seguro llevará a una sana piedad cristiana.